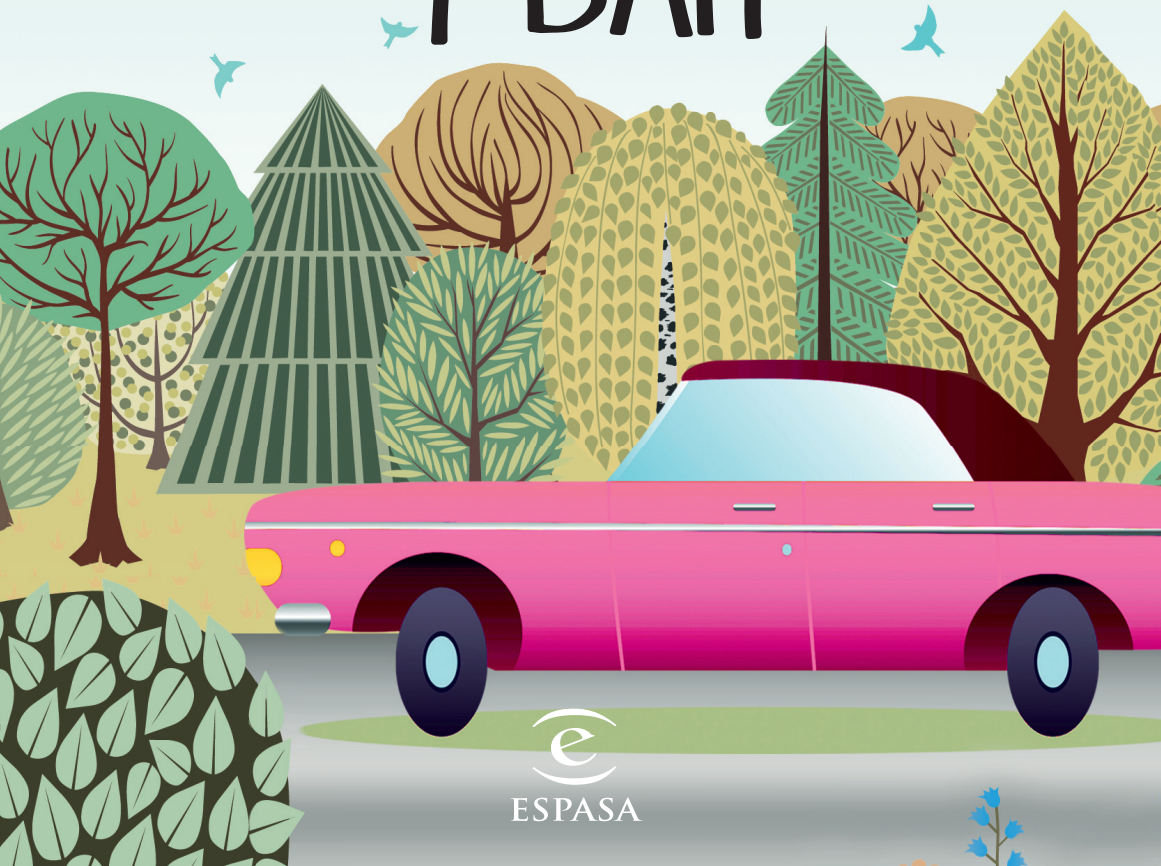
Por la autora de

No culpes al karma de lo que te pasa por gilipollas

Laura Norton

GENTE QUE VIENE Y BAH



ESPASA

LAURA NORTON

GENTE QUE VIENE Y BAH

ESPASA

ESPASA NARRATIVA

Título original: *Gente que viene y bah*

© Laura Norton, 2015
© Espasa Libros S. L. U., 2015

Diseño de cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de cubierta: © Olga Korneeva y Tomacco - Getty Images

Preimpresión: M.T. Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 8.629-2015
ISBN: 978-84-670-4340-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

La chica del telediario

Creo que tomé conciencia de que todo era real, de que estaba ocurriendo y de que me estaba ocurriendo a mí cuando mi hermana Débora entró en la cocina de la casa de mis padres y dijo lo que dijo. En algún momento tenía que pasar. Mucho más pronto de lo que hubiera deseado, pero lo malo siempre llega antes de lo que quieres, porque no querrías que llegara nunca. Ya de nada valía disimular, ni esconderse. Era un hecho.

—Acabo de ver a Víctor en la tele. ¿Puede ser? O se le parecía mucho, y se llamaba Víctor también, y decían que era arquitecto.

—Sí, va a ser Víctor entonces —dije yo.

—Estaba con...

Se calló antes de decir su nombre, temiendo mi reacción. No quería hacerme daño. Mi madre y mi hermana Irene la miraron como animándola a que acabara la frase. Pero Débora no se atrevía. Así que la acabé por ella. Y lo hice de manera tranquila, o más bien resignada, como si no fuera conmigo. Como si yo ya estuviera por encima del bien y del mal.

—Con la presentadora del telediario de las tres. Sí.

—Estaba en un yate.

—¿En un yate?

—Gigante.

—Qué hijo de puta —aullé.

—¿Pero... cómo ha pasado? ¿Por eso has cancelado la boda?

Yo ya había vivido otras rupturas. Y tenía cierta capacidad para hacer borrón y cuenta nueva. A rey muerto, rey puesto. Muerto

el perro, se acabó la rabia. A río revuelto, ganancia de pescadores. Vale, ese último refrán no viene al caso, pero siempre me ha gustado mucho más que el de «Al que buen árbol se arrima buena sombra le cobija». Sobre todo ahora que el árbol Víctor, al que me había arrimado los últimos cinco años, y que tan buenas sombras y momentos me había dado, estaba a punto de caer sobre mí, retransmitido por todas las cadenas y como en cámara lenta, para aplastarme del todo. Y no iba a poder hacer como si nada. Ni librarme tan fácilmente. Yo aún no lo sabía, pero es muy difícil pasar página cuando todos los días en la tele, en internet, en las revistas del corazón, retransmiten paso a paso y con todo lujo de detalles la historia de amor incipiente entre un joven y apuesto arquitecto de moda y la presentadora de telediario más guapa y fabulosa después de Sara Carbonero y Letizia Ortiz. Y simpatiquísima, y qué sonrisa, la desgraciada.

De pronto me sentía hermanada a Jennifer Aniston. Lo que tuvo que sufrir cuando Brad Pitt empezó su relación con la otra. Fíjate que me llegué a sentir tan identificada con ella que para mí Angelina pasó de tener nombre a no tenerlo y convertirse en la otra. Imaginaba a Jennifer todos aquellos días intentando poner buena cara cada vez que alguien le preguntaba o cada vez que encendía la tele y los veía allí, tan guapos, tan perfectos, tan... ¡¡¡hijos de puta!!! Y a ver dónde te escondes, que no hay lugar en la tierra donde no hayan puesto un capítulo de *Friends* o no hayan visto *Thelma y Louise*. Al menos yo tenía donde esconderme. Podía hacer las maletas y refugiarme en algún lugar donde no hubiera tele, donde no hubiera wi-fi, donde no compraran revistas del corazón. Y ese lugar era la casa de mis padres en Cantabria. Pronto descubriría que se habían comprado una enorme pantalla plana y que mi hermano pequeño tenía conexión de cien megas a internet.

Víctor y yo habíamos elaborado nuestro *top five*, una lista de cinco famosos y famosas, que, llegado el caso, nos podríamos tirar sin que a ninguno de los dos nos molestase. Es más, si surgía por algún caso remoto la más mínima posibilidad de conocerlos, nuestra obligación moral sería intentar acabar en la cama con ellos. Así de modernos nos creíamos. Así de gilipollas éramos. Por supuesto, la lista era del todo imposible, tres actores de

Hollywood, un modelo y un deportista en mi caso. En el suyo, dos actrices, dos modelos y una presentadora del telediario.

Víctor conoció a la presentadora del telediario. Víctor se lio con la presentadora del telediario. Víctor me dejó a menos de dos meses de casarme con él por la presentadora del telediario.

En realidad no es del todo cierto, o no estoy siendo del todo precisa. Fue algo más complicado. Y él podría tener otra versión, y hasta podría decir que fui yo quien le lancé a los brazos de ella, y que, en última instancia, fui yo quien rompí con él. Y no estaría mintiendo.

Tengo que ordenar los hechos. O contarlos de manera cronológica.

Víctor y yo vivíamos juntos desde hacía tres años, y también trabajábamos juntos en el mismo estudio de arquitectura. Él tenía una capacidad innata para caer bien a todo el mundo, sobre todo a los clientes. Eso fue algo que mis jefes descubrieron enseguida y pronto estuvo sentado con ellos en la mesa para vender los proyectos y tratar de convencer a los clientes de las propuestas más inverosímiles. A Víctor esa capacidad le venía de lejos, cuando su padre, viajante de productos de cosmética, lo llevaba en vacaciones a trabajar con él. Ahí adquirió una capacidad de seducción y de persuasión que ha utilizado en todos los ámbitos de su vida. Su padre quería que fuera abogado, porque creía que con su oratoria y su habilidad argumentativa podría salvar de la cárcel hasta al criminal más abyecto y luego quedar con la jueza a cenar y acabar con ella en la cama. Yo no soy así. Tal vez tenga otras virtudes, pero caer bien de buenas a primeras y convencer a los clientes o a los amigos no es una de ellas. Mis hermanas dicen que tengo un carácter endiablado y que echo espumarajos por la boca a la mínima de cambio. Exageran. Creo. Me altero fácil, puede ser, desconfío de la gente, mucho, las injusticias me enervan, sí, tiendo a ver las cosas más negras de lo que son, tal vez, y puede que tenga cierta incapacidad social y no aguante mucho las tonterías, pues... vale. Mi hermana Irene opina que si hubiera nacido ahora, donde todo se diagnostica y a todo le ponen un nombre, a mí me habrían endiñado un síndrome de Asperger como una catedral. O algo peor. Mentira, porque yo siento y padezco y me emociono como la que más.

Y para nada soy una inadaptada, y sé relacionarme. Pero me cuesta así de sopetón. Y no me gusta conocer gente nueva al tuntún, porque a mí la gente me suele parecer bastante decepcionante. No es que exija mucho, es que me lo sé. No soy miss simpatía, lo admito. Pero no todas podemos servir para presentar un concurso de la tele o un telediario.

A lo que iba. Yo no me vendo muy bien en el trabajo, por eso formaba tan buen equipo con Víctor. Y quizás por eso nunca me importaba que en algunos proyectos, en los que yo había trabajado tanto o más que él, mi nombre ni apareciera. Si con eso me libraba de aguantar a los clientes, yo feliz. Además, no tengo un ego desmedido, no necesito firmar proyectos colectivos, y menos ahora que aún estoy empezando. Bastante feliz estaba con haber conseguido trabajo de lo mío y no haber tenido que emigrar.

Hacíamos tan buen equipo que cada vez nos buscaban con más frecuencia para que nos uniéramos a todo tipo de proyectos del estudio. Muchos solo se quedaban en eso, en proyectos, porque atravesábamos un momento delicado, de hecho los rumores de recorte de personal cada día eran más frecuentes, y aparte de las pocas obras a particulares que realizábamos, el estudio se presentaba a todos los concursos que surgían, que si una estación de autobuses en Soria, que si un aeropuerto en Chicago, que si la remodelación de un ala del Museo Contemporáneo de Santiago de Chile. Los dos últimos años habían sido una locura y un estrés. Yo no sé ni cuántos trabajos distintos compatibilizábamos. Y casi nunca servían para nada, porque ganar cualquiera de esos concursos era prácticamente imposible. Por lo tanto eran días y semanas echadas a la basura. Muy frustrante. Y lo peor era que apenas nos quedaban horas al día para otra cosa que no fuera el Autocad o la documentación exhaustiva sobre todo tipo de materiales, de estructuras, de otras obras... Yo empezaba a gastarme el mísero sueldo que nos pagaban en champús anticaída, porque era pasarme la mano por la cabeza y acabar con cientos de pelos entre los dedos. A ese paso me iban a conocer como la arquitecta calva, que como título de obra de teatro bien, pero para la vida real como que no.

Hubo un proyecto en especial en el que nos dejamos los ojos, la paciencia y hasta la salud. Era un concurso para la reconstrucción del Museo de las Ciencias de Estocolmo. Participaban cinco

de los estudios más prestigiosos de Europa y otros más de andar por casa, entre esos otros estábamos nosotros. Contra todo pronóstico, lo ganamos. Mi nombre, una vez más, tampoco aparecía. Y reconozco que esta vez sí sentí un pinchacito de rabia. Pero me duró poco, porque lo importante había sido ganarlo, así que tampoco iba a darle mayor importancia.

Los jefes estaban pletóricos, felices, y quisieron celebrarlo por todo lo alto. Y planificaron una fiesta para cuando vinieran los de Estocolmo a España. Después de años malviviendo con proyectos de poca monta, o aspirando y dejándonos la piel en concursos megalómanos, por fin rozábamos un pedacito de cielo. Y por eso querían celebrarlo a lo grande. Iba a ser una fiesta sonada.

Y tanto que lo fue.

Víctor, no sé si imbuido de ese espíritu festivo y de optimismo generalizado, o porque realmente llevaba tiempo esperando el momento perfecto, una noche me pidió matrimonio. Con anillo y todo.

Me desarmó por completo.

Yo no tenía especial ilusión por casarme. Nunca había estado entre mis prioridades, ni de pequeña había sido la típica niña que soñaba con vestir de blanco, ni tenía planeada la ceremonia, ni quiénes serían las damas de honor, ni nada de nada. Pero no sé qué ocurrió cuando me lo pidió. Juro que no lo sé. El caso fue que me hizo una ilusión loca. Tanta que hasta yo misma me sorprendí. Debe de ser que estoy en esa maldita edad en que muchas de mis amigas o compañeras de trabajo habían decidido pasar por el altar o que tantas películas y novelas románticas acaban por colarse en el inconsciente, no sé, pero yo, que me creía ajena a todo eso, ante su propuesta primero intenté una mueca cínica, como de estar por encima de todo, pero enseguida empecé a sentir un bulle bulle interior, una felicidad que se apoderaba de mí, y en cero coma cero me vi dando saltos de alegría y gritando, gracias, Dios mío, gracias, no me voy a quedar soltera, no soy una fracasada, ni un desecho humano, ni un orco de la Tierra Media, me quiere, Dios mío, me quiere, gracias, gracias, gracias. Chúpate esa, hermana, tú que decías que a mí nadie me iba a aguantar. Y mira con quién me caso. ¡¡¡Míralo!!!

Menos mal que todo eso lo sentí, pero no lo expresé. O no de esa manera. Aunque mi reacción debió de ser de todo menos comedida.

Y ojalá lo hubiera sido.

Entre otras cosas, porque creo que dejé desconcertado a Víctor. Que con tanto grito ya no sabía si ponerme el anillo en el dedo, si bajar al chino a por una botella de champán, si prepararme una tila... Y yo que sí, pónmelo, pónmelo, que se van a quedar todas muertas, qué bonito, tú pónmelo, ay, la madre que te parió, si es que es precioso, ay, espera que llamo por teléfono a Chavela, ay, que cuelgo una foto en el Instagram, y en Facebook, y... ay... Y al chino bajamos ahora y compramos una botella de champán o cinco y le muestro a Chin Lu, Rosa, para todo el barrio, el anillo. ¡Ay, qué ilusión, que me caso! ¡Me caso! ¡¡¡Me caso!!!

Qué bochorno, Dios.

Sobre todo por lo que vino luego, claro.

Decidimos hacer una boda discreta. No más de cien invitados. Todo lo que pasara de ahí sería una ordinariez: invitamos a doscientos quince.

Tampoco me iba a gastar una fortuna que no tenía en el vestido. Todo lo que pasara de ochocientos euros era un disparate: dos mil ochocientos cincuenta y tres. Ni los tres euros me rebajaron. Pensé hasta en pedir un crédito para pagarlo. O un *crowfounding*.

Ah, y yo no iba a ser la típica petarda que presume de anillo, que presume de novio, que presume de boda: sufrí una luxación en el brazo de tanto extenderlo para enseñar el anillo de manera casual y sutil.

Si en el estudio los compañeros y sobre todo las compañeras solían ignorarme, yo creo que desde el anuncio de la boda me odiaron.

Y llegó el día en que vinieron los de Estocolmo. El día de la celebración. Mis jefes habían alquilado tres plantas del Casino de la calle Alcalá. Incluida la terraza con vistas al centro majestuoso de Madrid. Moët Chandon, barra libre y un *catering* de lujo. Cientos de invitados. Y hasta varios famosos de la tele. A alguno que otro le habíamos hecho algún proyecto que nunca

compraron y acabaron, ¿cómo no?, yendo al estudio de Joaquín Torres, pero, oye, no tuvieron ningún reparo en acudir a la fiesta.

Y en medio de la multitud la vi. A ella. A la presentadora del telediario. A la que formaba parte de la lista de las cinco famosas permitidas para una canita al aire de mi futuro marido. Y como era mi futuro marido y yo me creía tan segura, tan estupenda y tan moderna, a pesar de la boda tradicional que había organizado, me faltó tiempo, para decirle a Víctor que la presentadora estaba en la fiesta. Y que si quería montar la despedida de soltero antes de tiempo, que por mí no había ningún problema. En mi descargo tengo que decir que me había bebido ya como tres botellas de Moët y que el exceso de burbujas y de alcohol estaba hablando por mí. Sobria no se me hubiera ocurrido. Menos mal que Víctor, más sereno, más entero y más cabal, me mandó a la mierda.

—Deja de decir tonterías.

—Estaba en tu lista. Tenemos una obligación moral. Yo si aparece ahora mismo el actor de *Cincuenta sombras de Grey* por esa puerta ni me lo pienso. Me lanzo a sus pantalones. Ay, omá...

Miré hacia la puerta e hice una pausa dramática, como esperando el milagro de que el actor de la película entrara. No entró. Lástima.

—Qué mal te sienta el champán, Bea. De verdad.

—¿Quieres que te la presente?

—Quiero que te des un poquito de agua en la cara, a ver si te refrescas.

—Te vas a casar con la mujer más maravillosa y comprensiva del mundo y así la tratas. Arisco. Soso. Cobardica.

Víctor me calló con un beso. Y me quitó la copa. Aparte de su labia y su capacidad argumentativa, era un hombre de acción. Y siempre había sabido cómo callarme.

—Cómete un par de croquetas antes de tomarte la siguiente botella de champán.

Me comí varias croquetas, me bebí varias copas más de champán, hablé con unos y con otros, no parecía ni yo de lo integrada que me sentía. No hay nada como un anillo en el dedo y litros de Moët en el estómago para convertir a una mujer de carácter en el alma de la fiesta. Víctor de vez en cuando controlaba que aún estuviera de pie y que no me diera por mear en alguno

de los jarrones enormes de la terraza cual borracha inglesa en Magaluf. Precaución exagerada por su parte, porque yo cuando tenía la vejiga llena me iba al baño como la arquitecta moderna europea y civilizada que era. Y ganadora de un concurso, aunque mi nombre ni se mencionara.

Y fue en el baño donde ocurrió. Donde el pedo se me quitó al instante.

Yo estaba allí con el vestido arremangado, sentada en la taza entretenida más de la cuenta mirando, una vez más, lo bien que quedaba mi anillo en el dedo, cuando escuché unas voces que enseguida reconocí, eran de dos compañeras del estudio y hablaban de mí.

—No puedo con Bea, de verdad. Casi prefería la versión preboda de ella.

—Es que ese tipo de mujeres son las peores. Van de independientes, de ariscas, de *superwoman*, pero les ponen una sortija en la mano y se convierten en perritos falderos.

—Pues chica, yo también estaría contenta de pillar un maromo como Víctor, pero tanto como para olvidar lo otro...

—A mí me da que aún no lo sabe.

—¿Tú crees?

—Claro, si por eso le ha pedido matrimonio. Es una jugada maestra.

—Es que es muy listo.

—Y ella un poco lerda, para tragar con todo.

¿Pero de qué coño estaban hablando, por Dios? ¿Víctor me había sido infiel? ¿Por eso me pedía matrimonio, porque estaba arrepentido? ¿Esa era la jugada maestra de la que hablaban? Pero si eso era el truco más viejo del mundo, y que no, que no le pegaba nada a Víctor.

—Pero es muy injusto, porque ella será una bruja, pero tiene talento. Todo el que no tiene él.

—Si aún te va a caer bien.

—Que no, pero la solución para los arbotantes y para la estructura que va en el agua es de ella. A Víctor jamás se le hubiera ocurrido. ¿Pero quién es el vendeburras al que adoran los clientes? ¿Y por tanto a quién echan y quién se queda con el trabajo?

Casi me caigo al suelo de la impresión. ¿Me iban a echar? ¿A mí? Era verdad que llevaban medio año anunciando recortes,

pero... pero... Ahora que habíamos ganado el concurso, ahora que habían regado la puta fiesta con Moët, ¿ahora iban a venir con los recortes?

—Y de ahí la jugada maestra de pedirle matrimonio. Para que la otra trague y no diga ni esta boca es mía cuando descubra que le ha robado el puesto de trabajo. El tío es listo, porque a ver ella cómo le echa nada en cara si al fin y al cabo va a ser su marido.

—Pero a lo mejor no es así, ¿no? Digo que hay que ser muy cínico y muy estratega y muy maquiavélico...

Exacto, no puede ser así, pensé. No, no, no. A mí Víctor jamás me la jugaría de esa manera. No, no, no, tiene que ser un error, tiene que haber otra explicación, no, no, no.

—Pero si oí cómo lo comentaban los de administración. Que lo saben todos.

—Habría que decírselo.

—A esa ni agua, ¿pero tú has visto cómo nos restriega el anillo por la cara?

Abrí la puerta de par en par, y mientras me recolocaba el vestido, las miré a la cara y me quité el anillo de manera dramática.

—Tranquila, que ya no os lo restriego más —les dije.

Ellas ni abrieron la boca. Tanto rajar y ahora mudas las hijas de puta.

Tiré el anillo a uno de los lavabos y cuando vi que estaba a punto de ser succionado por el desagüe, corrí rauda a recogerlo. Una cosa era tener un arrebato y otra perder un anillo que a poco que costara me podía solucionar unos meses de mi nueva vida. Porque o Víctor me convencía de que todo había sido un malentendido, o yo iba a empezar a la voz de ya una nueva vida. Conseguí recuperar el anillo por los pelos. Por los pelos que había en el desagüe y que sirvieron para que no desapareciera por la tubería. Toda digna, y reprimiendo una arcada de asco, limpié la sortija con parsimonia, de manera concienzuda, y la guardé en el bolso. Las otras seguían tan mudas que parecían figurantes de *The artist*. Si hasta habían perdido el color.

Volví a la fiesta. Busqué por todos lados a Víctor. Pero ni rastro. Me topé, eso sí, con uno de recursos humanos que iba bastante achispado. No quise dejar escapar la ocasión.

—¿Cuánto me corresponde de finiquito?

El de recursos humanos abrió los ojos como en un dibujo manga. Y se le pasó el pedo de golpe.

—¿Ya te lo han dicho? Pensé que iban a esperar al lunes.

Yo intenté no reaccionar ante esa respuesta. Era verdad, me echaban. Tranquila, Bea, tú tranquila. Tú fría. Fría como un témpano.

—¿Cuánto me corresponde?

—Pues no sé... pero con tu contrato... y si piensas que has estado de becaria hasta hace un año y pico... me da que unos mil cuatrocientos euros.

Ahí se me fue la frialdad y el témpano a tomar por culo.

—¿En serio? ¿Me he dejado la piel en esta empresa, y hasta el pelo, que estoy medio calva, y me vais a dar mil putos euros?

En ese momento me estaba arrepintiendo de no haber meado en cada uno de los jarrones de la terraza. Aún estaba a tiempo de hacerlo.

—Meteos ese dinero por donde os quepa.

Y me fui de su lado toda dignidad y desprecio. Que es un caminar que me sale de maravilla. A pesar de los tacones y del Moët.

Seguí buscando a Víctor. Pero no lo veía. Empecé a preguntar por él, a todos, hasta a los camareros.

—Alto, metro ochenta y tres, barba de diez días, guapo, mucho, con corbata verde agua, que se la regalé yo...

—Lo siento, señora.

—No me llames señora que te crujo, que solo tengo treinta y uno.

—Lo siento, señora... digo...

—¿Lo has visto o no lo has visto?

—Es que hay muchos con esa descripción. Ya sabe que ahora las barbas...

—Tan guapos y tan hijos de puta como mi Víctor, no, te lo aseguro. De esos hay poquitos.

Después de mantener varias charlas similares e igual de poco fructíferas con distintos camareros en las tres plantas del casino, por fin lo encontré. Allí estaba, apoyado en una columna. Reconocía su espalda hasta con ese traje, y eso que él no era de llevar mucho traje. Tomé aire, tenía que relajarme, tenía que intentar no montar una escena, lo mejor era mostrarme calmada,

que se explicara, todo tenía que ser fruto de un malentendido. Seguro. Me acerqué a él, para verle cara a cara, y justo cuando me separaban apenas dos metros, me topé de bruces con la imagen de la que se iban a alimentar mis pesadillas.

—¡Víctor...!

—Bea...

Víctor acababa de separar sus labios de los de la chica del telediario.

Y ahí sí que me dio el arrebato. Ahí sí que abrí el bolso, cogí el anillo y se lo metí en la boca.

—Así te atragantes. Cabrón.

No tuvo tiempo ni de replicarme, porque yo me fui de allí con paso firme, sin que se notara que lo de llevar taconazos con litros de Moët en el cuerpo no era lo mío, sin mirar atrás. Y oí su voz. A lo lejos. Y no sé si me lo inventé, o si escuché mal debido a todo el jaleo que había, pero creo que le oí decir:

—Pero... si me habías dado permiso.